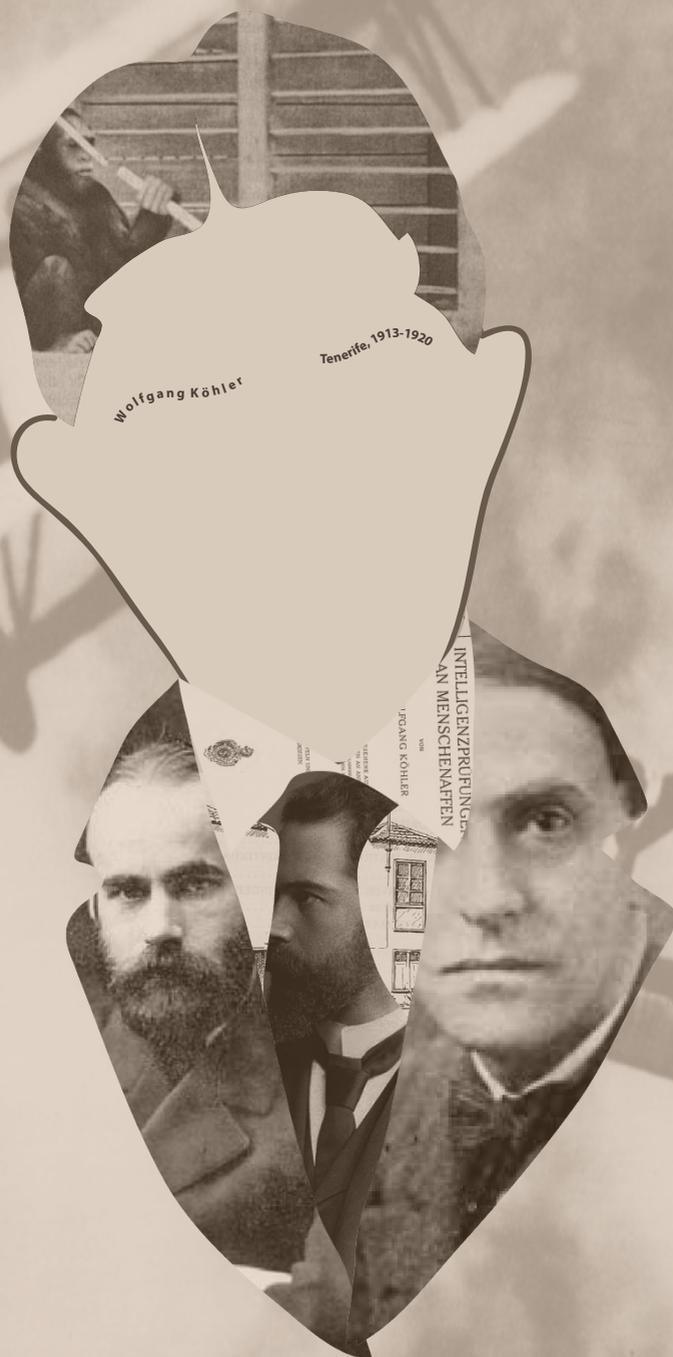


Nº 52

v / 2014

BSEHP

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA



s u m a r i o

| | |
|--|----|
| EDITORIAL | 1 |
| ARTÍCULOS | |
| Marino Pérez-Álvarez. <i>La historia como sistema, también en psicopatología.</i> | 2 |
| Antonio Rodríguez-Morini. La locura de Don Quijote. En <i>Revista Frenopática Española</i> , año III, núm. 29 (mayo de 1905), pp. 137-144. | 20 |
| CRÓNICAS DE LA SEHP | |
| Ana María Talak. XXVII Symposium (Madrid, mayo de 2014). | 24 |
| RESEÑAS CRÍTICAS | |
| <i>Libros</i> | |
| Iván Sánchez Moreno. Bencivelli, Silvia (2011). <i>Por qué nos gusta la música. Oído, emoción, evolución.</i> Trad.: Jorge Rizzo. Barcelona: Roca Editorial. | 28 |
| Belén Jiménez. Guillaume, Fabrice; Tiberghien, Guy; Baudouin, Jean-Yves (2013). <i>Le cerveau n'est pas ce que vous pensez. Images et mirages du cerveau.</i> Grenoble: PUG. | 31 |
| <i>Necrológicas</i> | |
| Juan José Fernández Teijeiro. Tras las huellas de Eugene Taylor (1946-2013). | 34 |
| <i>Tesis doctorales</i> | |
| Edgar Cabanas Díaz. La felicidad como imperativo moral. Origen y difusión del individualismo "positivo" en el capitalismo neoliberal y sus efectos en la construcción de la subjetividad. | 35 |
| EL DESVÁN DE PSI | |
| Iván Sánchez-Moreno. La incierta historia de Francine Descartes, o un autómatas en el fondo del mar. | 37 |
| Fe de erratas. | 38 |

La ilusión de abrir la “caja negra”

Guillaume, Fabrice; Tiberghien, Guy; Baudouin, Jean-Yves (2013). *Le cerveau n'est pas ce que vous pensez. Images et mirages du cerveau*. Grenoble: PUG, pp. 201. ISBN: 978-2-7061-1779-4

El trabajo que se discute a continuación abre un debate sobre los fundamentos teóricos y operacionales de la tentativa de crear una “psicotecnica de la mente” –en palabras de los autores– apoyada en la imaginación cerebral y en la reducción de los fenómenos psíquicos a sus determinantes biológicos. Su objetivo general es examinar las condiciones de validación de los nuevos conocimientos basados en la neuroimagen y sus aportaciones específicas sobre la cognición humana. Más concretamente, el trabajo pretende arrojar luz sobre las diferentes etapas de la “fabricación” de las imágenes del cerebro y sobre lo que es una neuroimagen, qué es lo que nos puede decir y qué no. Los autores enfatizan que la neuroimagen cerebral se apoya en postulados sobre el funcionamiento cerebral que todavía hoy en día siguen siendo muy debatidos y que en gran medida beben de las teorías frenológicas decimonónicas (algo que ya nos han advertido diversos historiadores de la psicología como, por ejemplo, Kurt Danziger, 2008; Fernando Vidal, 2009; o Nikolas Rose, 2013). También subrayan los problemas ligados a las dificultades metodológicas y, sobre todo, interpretativas que surgen a la hora de “leer” la mente en el cerebro. Además, los autores discuten las implicaciones de la reducción de la mente a la biología y las nuevas áreas de aplicación que esta interpretación está abarcando (por ejemplo, los dominios del *marketing* y de la justicia).

En el capítulo 1 y tras un breve recorrido por la historia de los personajes que han estudiado las relaciones espíritu-cerebro desde la Grecia clásica hasta la edad moderna, los autores establecen varios hitos históricos situados en

el siglo XIX. Según los mismos, en el marco de la filosofía positivista está la base de la constitución de la radical naturalización del espíritu implicada en la neuroimagen cerebral: más concretamente, en la frenología impuesta por Franz-Joseph Gall y la consecuente localización de las facultades mentales, y la creación de dispositivos técnicos de registro de la actividad mental (desde la cronometría mental inicial de Franciscus Cornelis Donders, pasando por el registro de la latencia de respuesta, hasta el método de disociación de autores como Lawrence Weiskrantz y Elizabeth Warrington). Sin embargo, los autores consideran que ha sido sobre todo el conductismo, con su énfasis en los comportamientos observables y en la búsqueda de “indicadores” objetivos de comportamientos no observables, en sus versiones “mediacionales” (Edward Chace Tolman, Clark Leonard Hull, etc.), el que ha llevado a esta omnipresencia de la neuroimagen funcional en la literatura científica actual. Pero, como discuten en profundidad los autores, determinar cuáles son los indicadores comportamentales no es sólo una decisión técnica, sino también teórica y, en consecuencia, hay que reflexionar –y explicar– nuestras elecciones sobre los constructos hipotéticos y las variables intermedias a estudiar. Así, entre otras cosas, los autores sugieren que habría que comenzar justificando la supuesta superposición perfecta y estable de estados mentales y estados cerebrales y el hecho de que estas subdivisiones puedan ser aisladas gracias al método de disociación. Dicho de otra forma, habría que justificar el presupuesto de la asociación entre una región cerebral concreta (especializada) y una función cognitiva particular. También habría que justificar la separación entre procesos mentales y el que la percepción, la atención y la memoria sean entidades cognitivas que pueden ser supuestamente disociadas. Los autores abordan ciertas críticas que son similares a las planteadas a la teoría modular de Jerry Fodor y que desplegarán poco a poco en los capítulos siguientes, una vez discutida la fabricación de imágenes del cerebro.

Precisamente de esto último hablan en el capítulo 2. En él analizan los postulados que sostienen el uso de la imaginería cerebral, incidiendo una vez más en su proximidad teórica con la frenología, y se preguntan qué es lo que la neuroimagen representa realmente. Partiendo del hecho de que la relación entre la actividad cerebral y la cognitiva no es más que correlativa y no causal, se examinan diferentes tipos de imaginería cerebral (la electromagnética, como el electro-encefalograma y el magneto-encefalograma, y la metabólica, como la resonancia magnética funcional o la tomografía por emisión de positrones, siendo estos últimos los métodos de imaginería cerebral en sentido estricto) y más concretamente los protocolos experimentales y los métodos de análisis empleados. Este examen les permite mostrar que, en función del protocolo o de los análisis estadísticos empleados, hay más de cuatro mil seiscientos combinaciones posibles de análisis específicos a partir de una misma señal de origen. En definitiva, las activaciones resultantes dependen en gran medida de las decisiones metodológicas y teóricas tomadas durante la investigación. Así, vemos cómo el hecho de obtener resultados muy diferentes en función de los parámetros y de los métodos de análisis utilizados supone un verdadero problema a la fiabilidad y la generalización de los resultados que, según sugieren los autores, debe ser superado en el futuro gracias a una hoja de ruta común y consensuada.

En el capítulo 3, los autores continúan con la crítica a los procedimientos (por ejemplo, las dificultades para establecer tareas de control válidas) y, sobre todo, a las inferencias causales realizadas en imaginería cerebral. Insisten en que “localizar no es explicar” y que demostrar que la presencia de un patrón particular de activación cerebral acompaña el rendimiento o la ejecución (*performance*) en una tarea particular no es de gran interés: la cuestión interesante es más bien saber cómo el proceso (la función cognitiva) es implementado en el nivel nervioso, es decir, qué hace el cerebro para permitir la emergencia de un estado mental u otro. Para ilustrar más adecuadamente estas críticas, los autores toman como ejem-

plo la memoria o, más bien, las memorias y muestran la existencia de diversos tipos de estudios: algunos subrayando la importancia funcional del sistema hipocámpico (crucial para el proceso de recolección del recuerdo), otros alejándose de las hipótesis iniciales sobre la localización de la memoria y preguntándose por la relevancia del objeto de memoria, la naturaleza del recuerdo y el contexto de utilización. Los autores del libro que reseñamos afirman que es necesario acabar con el modelo clásico localizacionista y substituirlo por modelos dinámicos de integración funcional donde la neuroimagen debe ser asociada, si quiere ser fecunda, a la aproximación computacional y a su formalización algorítmica (una perspectiva que, en principio, no resolvería los problemas ligados al hecho de que la acción de recordar forma parte de una situación humana, de un escenario social y cultural, a partir del cual se deriva su significado).

En el capítulo 4, los autores ponen de manifiesto cómo el prefijo “neuro” se ha convertido en el objetivo de espectaculares inversiones financieras y en un motivo de apoyo mediático considerable. Señalan que, desde que los años noventa fueran declarados la “década del cerebro”, ha habido una importante penetración de las neurociencias en nuevos y diversos territorios económicos, sociales y políticos: neuro-economía, neuro-marketing, neuro-política, neuro-derecho, neuro-teología, neuro-ética, neuro-estética, neuro-pedagogía, etc. Los autores analizan algunos de estos “neuro-algos” –en sus propias palabras– y critican la fascinación por las imágenes cerebrales que parecen transformar *ipso facto* la experiencia subjetiva en fenómenos objetivos, inmediatamente perceptibles y comprensibles por todos (algo que nos recuerda un poco a la seducción que la fotografía ejercía a finales del siglo XIX, considerada entonces como herramienta fidedigna para captar la realidad). Ahora, como plantean claramente los autores al final del capítulo, ¿acaso el escáner del cerebro de una persona es suficiente para conocer sus opiniones políticas? O, como plantea Kurt Danziger en *Marking the mind, a history of memory*, ¿la acti-

vacación del hipocampo es suficiente –si bien que necesaria– para acordarse de dónde hemos aparcado el coche? Desgraciadamente, el reduccionismo cerebral y el ilusionismo basado en lo “(neuro)científicamente probado” están posibilitando la implantación de una serie de medidas preventivas, en muchos casos de carácter estatal, que deberían ser sometidas a discusión ética. Y, como subrayan y discuten explícitamente los autores, la naturalización de categorías sociales puede llevar a producir injusticias como las establecidas por las clasificaciones biológicas del siglo XIX, cuando el comportamiento “desviado” de criminales, homosexuales, etc., era explicado por su supuesta especificidad anatómica o fisiológica.

En el capítulo 5, los autores continúan ofreciendo argumentos que muestran hasta qué punto es exagerado seguir empleando esta metáfora de inscripción cerebral. Subrayan la importancia de otro elemento que con frecuencia es ignorado en el análisis de los patrones de coordinación entre los conjuntos neuronales: el tiempo. Y, sobre todo, llaman la atención sobre la co-evolución de la estructura cerebral, las funciones cognitivas y la vivencia fenomenológica, y, aunque sea tímidamente al final del capítulo, mencionan la noción de cognición como acción encarnada de Francisco Varela, cuyos trabajos parecen estar ahora revalorizándose.

Por último, en las conclusiones los autores hacen explícito lo evidente, al menos, si se ha seguido el razonamiento histórico, teórico y metodológico hasta este punto: 1) que no podemos observar el pensamiento o la cognición (no hay consenso sobre los términos, pero con frecuencia se superponen en la bibliografía científica) en el cerebro gracias a las nuevas técnicas de imaginería cerebral; 2) que tan sólo podemos inferirlo o reconstruirlo a partir de sus productos (científicos, artísticos, etc.); y 3) que el cerebro “no piensa” (es una metáfora), sino que es la persona la que piensa: no es el cerebro el que aprende, como sugieren los neuro-pedagogos, ni es el hipocampo el que encuentra el coche en el parking, somos “nosotros” quienes lo hacemos y esta acción no puede entenderse sin el contexto individual, cultural, histórico y

social. Los autores terminan el capítulo con una frase del neurofisiológico francés Michel Imbert, que ilustra bien su perspectiva y que por ello se reproduce aquí: “Las neurociencias son ya lo suficientemente excitantes sin que tengamos que construir una neuromitología científicista que haga pensar que podemos ver al cerebro ‘pensando’ (olvidando con ello que el cerebro no piensa) y, sobre todo, que podemos ver directamente ‘qué piensa’” (2006, p. 476).

En este libro, los autores elaboran una reflexión crítica, razonada y discutida con sólidos argumentos teóricos, metodológicos e históricos que no deberían ser ignorados. Tan sólo podría añadirse que ya diversos historiadores de la psicología –no citados en la bibliografía, dicho sea de paso– han analizado en detalle muchas de las cuestiones teóricas discutidas mínimamente en el libro, pero es cierto que la historia no parece tener la “legitimidad” o, mejor dicho, la “legitimación” que sí podría encontrar la psicología cognitiva experimentalista (motivo por el que este trabajo es doblemente bien recibido, si sus críticas consiguen hacerse escuchar). Ahora, la psicología sugerida por estos autores no es la única alternativa posible y, como lo sugiere Danziger (2008), ya autores como Maurice Halbwachs, Frederic Barlett o Lev S. Vygotski han mostrado que la cognición y, más concretamente, la memoria no está “en la cabeza”.

Bibliografía

- Danziger, K. (2008). *Marking the Mind. A History of Memory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Imbert, M. (2006). *Traité du cerveau*. París: Odile Jacob.
- Rose, N.; Abi-Rached, J. M. (2013). *Neuro: the new brain sciences and the management of the mind*. Princeton: Princeton University Press.
- Vidal, F. (2009). Brainhood, anthropological figure of modernity. *History of the Human Sciences*, 22(1), 5-36.

Belén Jiménez
UNS